


¿Es el ser humano naturalmente violento?

Rolando Echeverría

A photograph of a man in a dark t-shirt and a cap, aiming a handgun in a dark room. The scene is dimly lit, with a few light sources visible in the background, creating a somber and tense atmosphere. The man's face is partially illuminated, and his focus is on the target ahead.

El escritor francés Jean-Paul Sartre aprovecha con mucho acierto sus dotes de dramaturgo y novelista para difundir su filosofía existencialista. En uno de sus teatros, dos mujeres y un hombre, recién muertos, son condenados al infierno. Los tres se encuentran con sorpresa en una habitación donde no hay nada que se parezca a ese lugar de castigo que nos han enseñado desde niños: no hay fuego, no hay demonios, no hay torturas.

Pero reparan en un pequeño detalle: la habitación está cerrada por fuera, de modo que no hay manera de salir. El genio del escritor va desarrollando un diálogo en el que los personajes, presa de la desesperación, terminan por sacar a luz sus más mezquinos sentimientos: egoísmo, soberbia, agresividad, indiferencia, resentimiento, celos, envidia. Al poco tiempo



de estar juntos la convivencia se vuelve insoportable, se respira un clima de terrible hostilidad. Entonces una de las mujeres cae en la cuenta: "Lo que han hecho es una economía de personal. Los verdugos somos nosotros mismos". Y el hombre concluye: "¡Qué ironía! No hay necesidad de fuego: el infierno son los otros". Para Sartre, la característica que más sobresale en la relación humana es el conflicto, la agresividad.

Carlos Marx, inspirador del comunismo, propagó con ardor la idea de que el motor de la historia es la lucha de clases. En toda sociedad se da siempre un grupo privilegiado que tiene en sus manos el poder económico y, consiguientemente, el poder político, manteniendo a otro grupo sometido a sus intereses.

Hasta que llega un punto en que los oprimidos toman conciencia de su situación y se rebelan, teniendo que recurrir a la violencia revolucionaria para poder revertir la situación. En otras palabras, sin agresividad no se daría el dinamismo de la historia. Por eso, analizando la sociedad capitalista, Marx pronosticaba: "La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros".

La trayectoria de la humanidad a lo largo de los siglos y la misma situación actual parecen dar la razón a estos pensadores. Desde Caín y Abel, relato que se remonta paradigmáticamente a los orígenes de la humanidad, la historia de los pueblos y de los seres humanos ha sido regada con sangre fratricida. Tribus y naciones, sociedades y grupos, clanes y familias, a veces invocando la justicia quebrantada, o bien en nombre de una venganza merecida; otras veces impelidos por la necesidad de buscar tierras o recursos para sobrevivir; guiados por la ambición expansionista, o en virtud de una ideología o de una fe que se quiere imponer a cualquier precio, han recurrido reiteradamente a la guerra, la agresión, la conquista y la dominación por la fuerza.

Y a nivel individual se repite la historia, multiplicada hasta la saciedad. Basta seguir las noticias cotidianas o simplemente atender a lo que pasa a nuestro alrededor, para darse cuenta de las continuas e innumerables formas de violencia que se dan continuamente: verbal, gestual, física, psicológica... Sin ir más lejos, cada uno de nosotros ha

de reconocer que se ha encontrado más de una vez en uno u otro lado del síndrome de la agresión: o como verdugo o como víctima.

El libro del Génesis nos dice que el hombre y la mujer salieron de la mano de Dios en estado de pureza

los seres humanos, justos e injustos, buenos y pecadores.

Mohandas Gandhi, hombre de una elevadísima estatura espiritual y paladín de la independencia de la India, apóstol inculcable de la no-violencia activa, rechazaba cualquier

víctimas de la violencia contra la que tanto lucharon.

Dom Helder Cámara, carismático obispo de Recife, Brasil, hablaba en su tiempo de una “espiral de la violencia”, sobre todo en los países latinoamericanos: millones de seres humanos viven marginados, explotados, ignorados en sus más elementales derechos, situación que los predispone a reaccionar con violencia ante la sociedad, provocando de parte de ésta, a su vez, la violencia represiva, y así se forma una espiral de la que no se logra salir. De ahí que sea necesario no sólo un cambio de actitudes: se debe promover también un cambio de estructuras, que posibilite la convivencia pacífica entre los seres humanos.

En la famosa poesía de Rubén Darío, “Los motivos del lobo”, Francisco de Asís increpa al animal por haber faltado a su pacto de ya no recurrir a la violencia y de aceptar una vida pacífica entre los humanos. Ante la figura de su protector, el lobo confiesa lo que ha provocado su vuelta a la vida salvaje: “Mas empecé a ver que en todas las casas estaban la envidia, la saña, la ira, y en todos los rostros ardían las brasas de odio, de lujuria, de infamia y mentira. Hermanos a hermanos hacían la guerra, perdían los débiles, ganaban los malos ... y entre mis entrañas revivió la fiera, y me sentí lobo malo de repente; mas siempre mejor que esa mala gente”. Al humilde fraile no le queda más que reconocer, con amargura: “En el hombre existe mala levadura”. Y concluye la escena recurriendo al único que puede cambiar el corazón del hombre: “Padre nuestro, que estás en los cielos”...

y en total armonía consigo mismos, con su Creador y con el cosmos circundante. Pero hicieron mal uso de su libertad e introdujeron el pecado en el mundo. La pérdida de la original armonía fue inmediata y desde entonces el corazón humano se ve inclinado al odio, a la violencia, al rechazo de su prójimo, como se pinta magistralmente en el mencionado relato de Caín y Abel.

Es por eso que Jesús insiste tanto en el mandamiento del amor: hay que sanar el corazón humano desde la raíz. El precepto del Antiguo Testamento buscaba una satisfacción equitativa, no más allá del daño recibido: “ojo por ojo, diente por diente”. Pero Jesús va más allá, proponiendo a sus discípulos una exigencia mayor: “Amen a sus enemigos, hagan el bien a quienes los persiguen y calumnian”. Y la motivación que proponía era lo más importante: imitar la misericordia del Padre celestial, que ama a todos

recurso a la fuerza, aun en defensa de los propios derechos conculcados. Ante el ardor de algunos de sus seguidores, que querían contestar con violencia a la provocación de los ocupantes ingleses, comentaba el antiguo precepto judío, no sin un dejo de ironía: “Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego”.

Y otro personaje que dio su vida por el reconocimiento de la dignidad y la igualdad de todos los seres humanos, el reverendo Martin Luther King, comentaba: “El hombre nació en la barbarie, cuando matar a su semejante era una condición normal de la existencia. Se le otorgó una conciencia. Y ahora ha llegado el día en que la violencia hacia otro ser humano debe volverse tan aborrecible como comer la carne de otro”. Lastimosamente la humanidad no termina de aprender las lecciones de hombres tan iluminados. Paradójicamente tanto Gandhi como Luther King murieron, como Jesucristo,



EDH





EDH

Violencia de cada día

Los servicios diarios de noticias nos lanzan con crudeza los últimos hechos violentos acontecidos cerca o lejos de nosotros: bombas que estallan, ataques suicidas, asaltos violentos, crímenes horribles... No hemos acabado de digerir el impacto emocional de esas sobredosis informativas cuando llega la siguiente oleada de hechos estremecedores. Y terminamos por resignarnos y aceptar impotentes que estamos viviendo en un mundo cargado de violencia.

Pero hay otra violencia menos aparatosa. La que no aparece en los medios informativos. La violencia sufrida por niños duramente maltratados. O mujeres atacadas por hombres brutales. Está la violencia invisible, la que sufre todos los días el ciudadano común. Porque vivimos en una sociedad saturada de violencia rutinaria. Hay que sumergirse en un tráfico casi caótico,

que crispera los nervios. Los ambientes de trabajo están de ordinario plagados de tensiones y agresiones, a veces subterráneas. El dulce hogar, supuesto remanso de paz, se vuelve convivencia estridente para muchos. Hasta las diversiones se están volviendo violentas. Ir al estadio asume aires de guerra. Es como la ocasión para vomitar insensatamente toda la violencia que acumulamos dentro. El mismo cine exalta con su magia la violencia más inverosímil.

La publicidad dejó de ser una invitación amable para adquirir los últimos servicios que la ciencia ofrece para la comodidad de la vida. Ahora debe revestirse de agresividad, de lo contrario no impacta. Los mismos modelos educativos se orientan a cultivar una rivalidad sorda por primeros puestos, obsesión por el triunfo, búsqueda de metas individualísticas. Nuestro estilo de convivencia dejó de ser pacífico. Hay

que correr al trabajo, correr a casa, correr al paseo. Aunque eso implique codazos, insultos, rivalidades y el consiguiente malhumor crónico. O dicho con cierta pseudoelegancia, el estrés enfermizo.

¿Vale la pena vivir una vida en aceleración continuada? ¿Es necesario regresar cada día a casa anímicamente extenuados? ¿Hemos perdido la capacidad de disfrutar del silencio, de la quietud, de la calma interior? ¿Es que la música tiene que ser ensordecedora? ¿Hay que descansar hasta el agotamiento? ¿Tenemos que resignarnos a vivir con alta presión, úlceras estomacales, nervios en punta, carácter agriado?.

Mi paz les dejo, mi paz les doy, dijo Jesús. Paz que es plenitud de vida. Constructores de ambientes positivos. Luchadores por un mundo humano. Sanadores de relaciones heridas. Aunque la lucha sea dispar.



Dichosos los mansos ...

Porque ellos poseerán en herencia la tierra

Mario Fiandri

Esta bienaventuranza de la mansedumbre es propia de Mateo y sólo de Mateo.

No resulta fácil exaltar la mansedumbre en una civilización que idolatra la violencia y la convierte en medida de la verdadera grandeza y del auténtico poder. Fuerza, poder y violencia son la "santísima trinidad" de nuestro siglo.

Y, sin embargo (o precisamente por eso) la bienaventuranza de los mansos de corazón parece de particular actualidad en una época en que la solución de los conflictos parece confiarse cada vez más a la violencia y a la fuerza de las armas.

**¿Quiénes son estos dichosos...
quiénes son los mansos?**

Los griegos decían que la mansedumbre es "la virtud que hace al hombre semejante a los dioses".

La palabra griega *prays* -que usa el evangelio de Mateo- designa a la persona afable, dulce, suave, apacible, que no se deja arrastrar por la ira o la violencia.

Mansedumbre,
suma de virtudes

Manso es el humilde que no se irrita cuando es contrariado, el que no se acalora ni se abandona al enojo, el que es paciente y no se deja dominar por la ira. Manso es quien no se encoleriza, aún cuando la vida se le hace difícil, quien rehuye la querrela y el pleito y mantiene su equilibrio y su tranquilidad en situaciones conflictivas. Una persona mansa de corazón permanece dueña de sí, no le gusta ni intenta dominar ni



Manso es el que muestra con suavidad su fortaleza interior

MIPDG

imponerse y está siempre dispuesta a ceder ante los demás, sin perder -en el esfuerzo- ni la cordialidad de trato ni la paz interior.

En este sentido la mansedumbre, más que una virtud, puede definirse -como ha escrito López Melús- un complejo o una suma de virtudes, que abarca la humildad y la caridad, la condescendencia y la indulgencia, la suavidad y la misma misericordia: la mansedumbre es una de las maneras en que se traduce concretamente el amor.

Jesús: Maestro y modelo de mansedumbre

Mateo presenta a Jesús como modelo de mansedumbre; y la misma mansedumbre 'dichosa' como una actitud de Cristo. Mateo ve en la mansedumbre el trazo más distintivo de la figura de Jesucristo y su modo de ser Mesías.

El mismo Jesús es la manifestación más alta de la mansedumbre. El concepto de mansedumbre se ha realizado sólo en el comportamiento de Jesús. La vida trazada por Jesús es la de una nueva lógica porque introduce un nuevo principio evolutivo en la humanidad: no el del

más fuerte, de la selección natural, sino el principio del amor paciente, que sabe esperar, escuchar, dialogar, provocar confianza en los otros.

En esta bienaventuranza tenemos el retrato de Jesús, que opta por la fuerza de su mansedumbre, la de la verdad y la del amor.

Frente a la dureza e intransigencia de los fariseos, Jesús se define como dulzura y mansedumbre, y -por eso- alivio, refugio, descanso de las almas.

Es significativo que la única vez que Jesucristo se propone como modelo hace de la mansedumbre la nota característica de toda su vida; la única vez que se propone como modelo se presenta como «manso y humilde de corazón»: la dulzura-mansedumbre es la que inspira la conducta del Maestro.

La mansedumbre no es debilidad

Hay un modo popular de hablar que ilustra muy bien el peligro de confundir mansedumbre y debilidad: "hay que ser manso, pero no menso". La dulzura o suavidad es el sentido más sobresaliente y más

perceptible de la mansedumbre. Pero la mansedumbre no es sólo suavidad. Cristo era suave, pero era también fuerte.

La bienaventuranza de la mansedumbre no es una exaltación de la debilidad, del apocamiento o de la falta de virilidad. La verdadera mansedumbre está penetrada de fortaleza. Suavidad y fortaleza: armonía divina de contrarios, vértice de convergencia de virtudes en equilibrio soberano. Nada en común, pues, entre la mansedumbre y la debilidad de carácter, la cobardía o la inercia.

La mansedumbre no es indiferencia ni, mucho menos, debilidad: no es la debilidad la característica del manso, sino su fortaleza. No son mansos, según el evangelio, los débiles, los amorfos, los que no tienen personalidad o carecen de valor y rehuyen la confrontación. Esta interpretación sería una calumniosa deformación de la mansedumbre cristiana, toda suavidad y fortaleza, heroísmo constante y escuela de martirio. Dice santo Tomás de Aquino que «la mansedumbre pertenece al don de la fortaleza, pues... a la fortaleza le toca vencer a la ira y frenar la indignación»; y añade que «se necesita más fortaleza para resistir que para

atacar y, por eso, el martirio es el acto supremo de fortaleza y al mismo tiempo de mansedumbre».

«Bienaventurados los mansos -decía el Papa Juan Pablo II en su mensaje a los jóvenes de Lima en 1985-. Manso es aquel que vive en Dios. No se trata de cobardía, sino de auténtico valor espiritual de quien sabe enfrentarse al mundo hostil, no con ira, ni violencia, sino con benignidad y amabilidad; venciendo el mal con el bien, buscando lo que une y no lo que divide, lo positivo y no lo negativo, para poseer así la tierra y construir en ella la civilización del amor». Manso es el que muestra con suavidad su fortaleza interior. Luchar con mansedumbre y sin violencia agresiva por un mundo más justo y más humano implica valentía y coraje. Se ha afirmado, en verdad, que el odio es una for-

ma de cobardía y la violencia una forma de debilidad. La renuncia a la violencia exige la mayor fortaleza y sólo los mansos ganan las grandes batallas.

San Francisco de Sales fue uno de los santos que comprendió bien el sentido de la mansedumbre cristiana y lo plasmó en una frase breve pero significativa: «Se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre». Y a Don Bosco, en el famoso sueño de los nueve años se le manda: «No con golpes sino con la mansedumbre deberás ganarte a estos tus amigos». Y el mismo Don Bosco, en su ordenación sacerdotal, tomó este propósito: «Que la mansedumbre y dulzura de san Francisco de Sales me guíen en todo momento». La dulzura cristiana es una cualidad extraordinaria, que supone una gran fortaleza.

Para perder el control y echarlo todo a rodar, no hay que ser fuertes, es muy fácil. Hay que ser fuerte y muy fuerte, ciertamente, para dominar nervios y emociones y mostrarse siempre afable. Del mismo modo que la misericordia de Dios es la mayor manifestación de su omnipotencia, así la mayor demostración de la fortaleza humana se da en la mansedumbre.

Y para eso no bastan los 'eslogans' ni la consignas, ni tampoco los buenos propósitos; hace falta un aprendizaje cotidiano hecho de dominio de sí, respeto, acogida y valoración de las diferencias, diálogo, atención concreta hacia los más débiles.

(En el próximo número del Boletín Salesiano aparecerá la segunda parte de este artículo).



Asalto de rutina



BSCAM

Tres asaltantes en bicicleta rodearon repentinamente al alegre grupo de muchachos de octavo grado que acababan de terminar su último examen parcial y se encaminaban a la casa de uno de ellos.

El atraco duraría apenas cinco minutos. Una sarta de amenazas en lenguaje de la peor calaña más una pistola y un puñal paralizaron los ánimos de los muchachos.

Los tres asaltantes eran jóvenes grandotes y lucían vestidos y tatuajes de mareros.

Los pobres estudiantes, paralizados por el temor, debieron desembolsar todos sus dineros: apenas unas monedas que les servirían para el bus.

Erick Alex, 14; Andrés Antonio, 13; Pedro Enrique, 14; Edgar Antonio, 13; Javier Antonio, 14; Denis, 13 y Jaime, 13 dieron parte por teléfono a la policía, que, en respuesta, les amonestó por estar haciendo bromas de mal gusto.

La escena del asalto queda a 50 metros del Colegio Santa Cecilia, en El Salvador, donde estudian. Una semana después, todavía narraban atropelladamente la agresión sufrida.



EDH

Los niños son las grandes víctimas de los maltratos físicos o psíquicos en el hogar. En los niños, el efecto de la violencia es devastador.

Van acumulando trastornos de ansiedad, se convierten en personas depresivas, con un aumento considerable de la conducta agresiva. En la edad adulta, estos niños tienen más posibilidades de padecer trastornos psiquiátricos y conductas suicidas.

José María Sémelas,
PSIQUIATRA Y PSICOPEDAGOGO

¿Qué es la acción cívica no-violenta?

Luis Corral

Es un hecho que hasta el momento, las colectividades no han sabido imaginar otros medios para asegurar su defensa más que el de la violencia: la guerra o su preparación.

Así mismo, frente a situaciones de opresión en las que los derechos humanos son violados sistemáticamente, suele creerse que solamente la violencia puede conseguir la liberación de los oprimidos.

Sin embargo, frente a una carrera de armamentos que puede llevar a la humanidad a su propia destrucción, es razonable preguntarse si las armas todavía pueden garantizar nuestra seguridad. Se trata de encontrar una alternativa a los medios militares mediante la puesta en práctica de una defensa popular no-violenta.

Entendemos por acción no-violenta la búsqueda de métodos y técnicas de defensa compatibles con el amor y con el respeto a la verdad. Se trata de dar medios de fuerza al amor y a la verdad para que la justicia pueda prevalecer.

No hablamos de pacifismo que se limita simplemente a condenar la guerra. La no-violencia, por el contrario, ofrece la posibilidad de organizar una verdadera resistencia popular contra una eventual agresión.

La estrategia esencial de la acción no-violenta es el principio de no-cooperación, de no colaboración con la injusticia. Se funda en el siguiente análisis: La fuerza de las injusticias sociales provienen de la complicidad con que la mayoría silenciosa de los ciudadanos colabora con esas

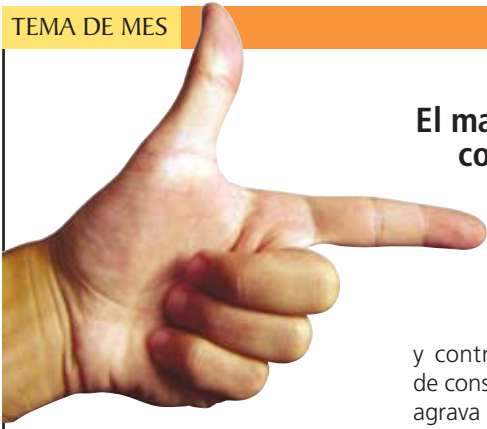
injusticias. Nuestro silencio y nuestra pasividad es cómplice. La estrategia de la no-violencia intenta romper esta colaboración de la mayoría silenciosa por medio de la organización de acciones de no colaboración con las instituciones y regímenes que mantienen la injusticia.

Armas típicamente noviolentas son: la huelga (en sus diferentes formas), el boicot, la desobediencia cívica y la objeción de conciencia. Pero el uso de estas armas deben ser masivo (un ejército de paz). Además debe ir acompañado de la sincera búsqueda

Es razonable preguntarse si las armas todavía pueden garantizar nuestra seguridad



EDH



El mal no se mata con pistolas



de la verdad, el reconocimiento de las propias culpas y el amor irrestricto a cada ser humano.

Gandhi afirmaba: "Si unos miles de ingleses pueden imponer su dominio a tantos millones de indios, sólo pueden hacerlo con la colaboración voluntaria o resignada de los indios. Los responsables de nuestra dependencia no son tanto los fusiles británicos, cuanto nuestra cooperación voluntaria".

Creemos que la violencia, entendida como proceso que genera la destrucción y muerte del adversario, es ilegítima e inmoral en sí misma y en todos los casos. Además es ineficaz

y contraproducente porque lejos de conseguir el objetivo propuesto, agrava más el problema en forma de espiral ascendente.

Tenemos una fe inquebrantable en la fuerza y eficacia del amor y de la verdad para instaurar la justicia. Tenemos un respeto sagrado por la soberana dignidad de toda persona humana, aún la del enemigo.

Y creemos que para los cristianos, la no-violencia constituye un mandamiento evangélico. Muchos, cuando oyen sobre no-violencia imaginan una actitud de pasividad. Nada más falso. Las posibilidades de reaccionar frente a los conflictos son tres:

- a) la violencia,
 - b) la no-violencia,
 - c) la pasividad resignada o el miedo.
- La peor es ésta última.

Pero la ley del "ojo por ojo" terminará dejando ciego a todo el mundo. Con una pistola podemos matar al enemigo, pero no el mal que hay en él. El mal no se mata con pistolas. Y, al enemigo muerto, alguien buscará vengarlo para seguir la orgía de sangre.

La historia de las victorias obtenidas con la no-violencia así como los métodos concretos de actuación, están publicadas, pero son escasamente conocidas. Te animo a seguir investigando el tema por tu cuenta. No te arrepentirás.



Un asesinato insensato

Aquel domingo a las siete de la noche Rosvil y su hermano mayor estaban en un negocio de llantas comprando una para el pick up de su mamá. Era el último encargo de una tarde de compras familiar.

De repente el hermano sintió la presión de una pistola detrás de su cabeza. El joven asaltante lo conminó a entregar el teléfono celular. El joven lo había dejado en el vehículo. El asaltante le arrancó la cadena que llevaba al cuello. Luego apuntó el arma a la cara de Rosvil.

¿Qué provocó el disparo? ¿Nerviosismo de un asaltante novato? ¿Maldad de un asesino

desalmado? La bala le entró por la cara y salió por la parte posterior de la cabeza. Rosvil se desplomó mientras el joven asaltante escapaba en la oscuridad de una calle mal alumbrada.

Su hermano reaccionó con desesperada energía para llevarlo al hospital. Fueron tres días de coma en tres hospitales distintos. La



tenaz lucha por salvarle la vida no ofrecía mayores esperanzas. Gravísimos destrozos en la masa encefálica pronosticaban daños irreparables.

Rosvil no sobrevivió. Su joven vida de estudiante de bachillerato quedó truncada por un asalto insensato. Uno de

los miles de asaltos letales que tronchan vidas de forma insensata en El Salvador. Tantos, que ya casi ni son noticia.

Anticipado el Paraíso

SERGIO CHECCHI

Cuenta San Juan en el Apocalipsis: "Después miré al cielo y vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas". Y cuenta San Lucas en los Hechos: "Había en Jerusalén, el día de Pentecostés, hombres venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo".

Y San Pablo asegura que, "al derribar Cristo todo muro de separación, ya no hay distinción entre judíos y no judíos, griegos y bárbaros, esclavos y libres, varones y mujeres, pues todos formamos un solo cuerpo".

Lo que ellos prometieron para el futuro de la Iglesia y de la humanidad, Don Bosco comenzó a anticiparlo en las obras que supo crear: en los colegios, en los oratorios. Cuando a los once años entré en una de esas obras, encontré compañeros de todas las regiones del país, de costumbres y dialectos diversos, pero no recuerdo que en algún momento hayamos tenido conflictos localistas. Los valores que compartíamos (el estudio y el juego, la música y el teatro, la liturgia y las excursiones) nos unían en tan bella amistad que se pasaba por encima el origen y las diferencias.

Hace unos años me extasiaba contemplando la comunidad salesiana



Valores e ideales nobles, previenen toda conflictividad y favorecen el clima de paz.

que trabajaba en nuestras Misiones de Alta Verapaz (Guatemala), salesianos de tan distintas procedencias: Costa Rica, Australia, Guatemala, Italia, El Salvador, India, España, Holanda..., conviviendo y colaborando, unidos por el mismo ideal de evangelizar y pastorear el pueblo Qeqchí.

Hace un mes leí una bella noticia, procedente de Turín, la ciudad donde nació la obra salesiana. El Oratorio de San Luis, el segundo que fundó el mismo Don Bosco en el lejano 1847, está más vivo que nunca. Los salesianos y sus colaboradores salen a las calles, se acercan a los muchachos, se los hacen amigos y los invitan al Oratorio; se trata en general de muchachos extranjeros, hijos de inmigrantes ilegales, perdidos en medio de un ambiente extraño.

En el Oratorio les dan cursos intensivos de la nueva lengua, de la nueva cultura, de computación; allí encuentran amistad, confianza, serenidad. Y es bello ver cómo con-

viven los pequeños peruanos con los bolivianos, con los ucranianos, con los rumanos..., cada grupo con sus especialidades: la música andina, la danza folclórica, el deporte preferido.

Don Bosco sabía llenar el corazón y la mente de sus jóvenes con valores e ideales nobles, que prevenían toda conflictividad y favorecían el clima de paz, de acogida, de respeto en la diversidad. La alegría desbordante, expresada en el deporte y en las fiestas, la presencia educativa del salesiano, la piedad eucarística y mariana, el cultivo del arte musical y dramático, la dedicación al estudio y al trabajo, el ideal de la santidad, la palabra oportuna de Don Bosco al final del día..., todo contribuía a hacer de aquella multitud de muchachos una bella familia.

Así preparaba Don Bosco a los jóvenes para que más tarde, en la vida civil y política, fueran elementos positivos y constructores de armonía social.





Los niños que se exponen excesivamente a la violencia en la televisión tienden a ser más agresivos

Los niños y la violencia en la televisión

Los niños ven televisión un promedio de tres a cuatro horas diarias. La televisión puede ser una influencia poderosa en el desarrollo de un sistema de valores y en la formación del comportamiento. Desgraciadamente, una gran parte de la programación actual es violenta. Cientos de estudios sobre los efectos de la violencia en la televisión en los niños y los adolescentes han encontrado que los niños pueden:

- Volverse "inmunes" al horror de la violencia; aceptar gradualmente la violencia como un modo de resolver problemas; imitar la violencia que observan en la televisión; identificarse con ciertos caracteres, ya sean víctimas o agresores.

Los niños que se exponen excesivamente a la violencia en la televisión tienden a ser más agresivos. Algunas veces, el mirar un sólo programa violento puede

aumentar la agresividad. Los niños que miran espectáculos en los que la violencia es muy realista, se repite con frecuencia, o no recibe castigo, son los que más tratarán de imitar lo que ven. El impacto de la violencia en la televisión puede ser evidente de inmediato en el comportamiento del niño o puede surgir años más tarde, y la gente joven puede verse afectada aun cuando la atmósfera familiar no muestre tendencias violentas. Esto no indica que la violencia en la televisión sea la única fuente de agresividad o de comportamiento violento, pero es un contribuyente significativo.

Los padres pueden proteger a los niños de la violencia excesiva en la televisión de la siguiente manera:

- Prestando atención a los programas que los niños ven en la televisión y mirando algunos con ellos;
- Estableciendo límites a la cantidad de tiempo que pueden estar viendo

televisión;

- Señalándoles que, aunque el actor no se haya hecho daño ni haya muerto, tal violencia en la vida real produce dolor o muerte;

- Negándose a dejar que los niños vean programas que se sabe contienen violencia, y cambiando el canal o apagando la televisión cuando se presenta algo ofensivo, explicándoles qué hay de malo en el programa;

- No dando su aprobación a los episodios violentos frente a los hijos, enfatizando la creencia de que tal comportamiento no es la mejor manera de resolver un problema;

- Contrarrestando la presión que ejercen sus amigos y compañeros de clase, comunicándose con otros padres y poniéndose de acuerdo para establecer reglas similares sobre la cantidad de tiempo y el tipo de programa que los niños pueden mirar.



Balas asesinas

Johny Morales, 36 años, cooperador salesiano, ingeniero industrial. Crece en una familia sana. Basketbolista. Se dedica a la pastoral juvenil en la Parroquia Divina Providencia, de Guatemala.

Casado en el 2005. Al año siguiente obtiene un puesto de trabajo en la Superintendencia de Administración, con la responsabilidad de fiscalizar y recaudar impuestos.

El trabajo lo obliga a ausentarse de casa. El 8 de diciembre de 2006 es abatido a balazos en la frontera Tecún Umán a donde había viajado por exigencia de su trabajo. Así quedó tronchada una vida joven y un matrimonio prometedor.



Violencia familiar

Son innumerables las formas la violencia familiar. Puede pensarse en violencia hacia los mayores, entre cónyuges, hacia los niños, las mujeres, los hombres, los discapacitados, etc. Además siempre es difícil precisar un esquema típico familiar, debido a que la violencia puede ser física o psíquica, y ocurre en todas las clases sociales, culturas y edades.

En la práctica el maltrato tiende a "naturalizarse", es decir se torna cotidiano sobre todo a través de conductas violentas que no son sancionadas como tales. Muchas personas que maltratan son considerados (y se consideran a sí mismos) como de mayor poder hacia quienes son considerados (se piensan a sí mismos) como de menor poder. Cabe destacar que las personas que sufren estas situaciones suelen ocupar un lugar relativamente de mayor vulnerabilidad dentro del grupo familiar. En este sentido la violencia hacia los niños y las mujeres, estadísticamente, reviste la mayor casuística. En cambio los hombres maltratados son sólo el 2% de los casos de maltrato (por lo general hombres mayores y debilitados tanto física como económicamente respecto a sus parejas mujeres).

Por lo general quienes padecen estas situaciones tienen reticencia a denunciar lo que ocurre. Por un lado porque se mantiene una espera de un cambio espontáneo de quien agrede, por otro lado se aceptan las disculpas (típicas) de quien agrede, y se creen las promesas que no se lo volverá a hacer (otro rasgo característico).

También influye el temor al prejuicio social, las convicciones ético-religiosas, la dependencia económica, el miedo a represalias, la falta de esperanzas en la eficiencia de los trámites jurídicos, etc. Pero quizás el punto más álgido del razonamiento sobre el maltrato se evidencia en el sostenimiento del vínculo violento. En este sentido entran en consideración tanto el aplastamiento psíquico, la baja autoestima, la educación violenta, como también una consideración al suponer una relación signada de vicios y sistemas psíquicos o relacionales, o un posible montaje estructural subjetivo que impide romper el tipo de relación, etc.

Se debe considerar que la situación violenta no solo la padecen quienes sufren golpes o humillaciones, sino también quien propina esos mismos golpes y humillaciones.



Costa Rica: la violencia en gestación

ROLANDO HERRERA

La carrera por la riqueza y el ansia de poder de la clase acomodada es ciega. Nuestras "maras" se expresan de otras formas raras propias del mundo moderno, con expresiones satánicas, formas de vestir extrañas, comportamientos violentísimos, reacciones inusitadas ante conflictos casi insignificantes.

Reaccionamos casi desesperadamente ante eventos de los cuales no poseemos control, tales como los atascamientos del tráfico, el cajero al que se le trabó la caja, el operador de una tarjeta de crédito que rechazó el pago solicitado, el mesero que atendió a otra persona antes que a nosotros. Pitamos al chofer que se detiene ante un semáforo porque ya se encendió la luz amarilla o no pasa en rojo cuando no hay carros del lado que tiene la luz verde. Hemos ido perdiendo la capacidad de apreciar la gracia de la creación y la belleza del contexto en el cual nos desenvolvemos. Por tratar de llegar al destino no apreciamos lo hermoso del viaje.

La burla y la intolerancia parecen ser el fermento que cultiva una sinrazón que nos está matando. Cada vez son más los que podrían encontrar en el efecto mara una forma de expresión y de sobrevivencia en un mundo cada vez más hostil. La violencia crece sin tregua en Costa Rica, manifestándose en formas aterradoras, alimentada por mafias poderosas de nuestros vecinos del sur, que han visto en este país el puente maravilloso para sus fechorías. Veremos si somos capaces de contener la expansión de las expresiones violentas de El Salvador y Honduras. Resulta impensable el producto que tendremos de la mezcla de esos dos fenómenos.

